

MARÍA ROSA PALAZÓN

# UN ASUNTO DE NAHUALES O EL *DICCIONARIO DE* *ESCRITORES MEXICANOS*

Para Aurora M. Ocampo,  
que también reconozco como "mi amiga y hermana"

**S**egún los mesoamericanos, la gente importante tiene un nahual, es decir, otro yo, vinculado con su personalidad, y que le permite "voltearse", en expresión maya, es decir, transformarse en un hecho cósmico o en un animal. Los tojolabales saben bien que un patrón de hacienda merodeó por la selva en forma de jaguar, y que existió una mujer-puma. Conozco a los ocho autores del *Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX*, tomo II y a sus cuatro colaboradores, mencionados en la Advertencia, y aseguro, con pleno conocimiento de causa, que tienen un nahual en común. ¿Será el potente rayo que cae desde el cielo hasta la tierra, hermano mayor del relámpago que tan sólo circula de una nube a otra? Tal vez. En mi opinión, el otro yo de los *DEM* (siglas de Diccionario y apellido paterno del clan), es una mezcla de hormiga y castor. No me pregunten cómo se reprodujeron bichos tan diferentes. Lo ignoro, porque es un asunto de magia, esto es, de artes y cosas que maravillan tanto como este *Diccionario*.

## Los investigadores hormigas

Igual que las hormigas se toman unas a otras y, formando un puente, llegan a su meta, Angélica Arreola (obsérvese el riguroso ordenamiento alfabético de nombres) extiende sus brazos hasta Aurora Ocampo, quien con sus pies contacta con Aurora Sánchez Rebollo, vicedecana del *DEM*; ésta no suelta a Carlos Rubio, que se arquea hacia Eduardo Serrato, quien lo hace, a su vez, con Laura Navarrete; y ésta, con Patricia Ortiz; y ésta, con Pilar Mandujano, y ésta, con Rocío González. No se rompen los eslabones de la cadena.

A ratos vemos a estas hormigas transportando materiales de construcción. Van quejándose, faltaba más: qué pesado, parece una roca, me duelen los hombros, se me doblan las patitas. Y refunfuña y refunfuña, día a día van poniendo los cimientos de sus hormigueros, llamados ficheros, catálogos y archivos: colocan los granos de arena o fichas de cada autor; clasifican la bibliografía en géneros —cuento, novela, poesía, crónica, ensayo y entrevista—; proceden del mismo modo con la hemerografía y, finalmente, ponen, en riguroso orden cronológico, las referencias a un autor, lo que frecuentemente significa hacer fichas cruzadas. Por ejemplo, como a Clementina Díaz de Ovando se le antojó analizar un libro de Andrés Henestrosa, los investigadores hormigas enlistan el ensayo de Clementina en las tarjetas de ella y repiten los mismos datos en las referencias de don Andrés. Total, que si amontonamos los nombres citados, el Popocatepetl se vería como un cerrito junto a nuestro volcán. Por cierto que gracias al *Diccionario* me enteré de que la doctora Díaz de Ovando está tan entregada a la UNAM, nuestra institución, que ha gobernado más dependencias universitarias que cargos en el gobierno tuvo el presidente Juárez. Perdonen el comentario, los chismes vienen luego. ¡Oigan ustedes!, ¿por qué estos laboriosos investigadores han asumido el cabaretero verbo "fichar", que ofende oídos castos?

El *Diccionario* ha sido construido por una familia sindiásmica, o sea ligada por línea femenina, esto es, los *DEM* tienen como apellido materno AMO, iniciales de Aurora Maura Ocampo, maestra valiente que decidió seguirle los pasos a Pedro Henríquez Ureña, Nicolás Rangel, Genaro Estrada, Fran-

cisco Sosa y a José Luis Martínez, (autor, este último, de las *Guías bibliográficas de la literatura mexicana del siglo XX*). No siempre fue así. Hace muchos, muchos años, en épocas del Rey que Rabió, y esto corresponde a 1967, Ernesto Prado y la multicitada Aurora edificaron, mal que bien, el primer hormiguero o *Diccionario*. Pero he aquí que esta albañil dio rienda suelta a sus deseos de instalar casas grandes y casas chicas, que alberguen —¡oh picarona!— a la gente joven de la literatura mexicana, desalojando —¡oh cruel!— a las generaciones anteriores a la del Ateneo y de los novelistas de la Revolución mexicana. En 1988, AMO I publicó, junto con su equipo de trabajo, los AMOS II, el tomo primero del *DEM* (que abarca de la a a la ch), con igual formato que su antecesor y las mismas quinientas páginas!

Esta ciudad de enormes hormigueros se halla abierta a los escritores de "nuestros días", fecha bastante indeterminada, porque depende del año en que se publique el volumen en cuestión, de la fecha en que se cierre el registro de datos para el volumen y de la fecha de nacimiento de los escritores? Ignoro si el *Diccionario* dará albergue a todos los nacidos en este siglo, aunque produzcan en el siguiente. Una agradable sorpresa que nos deparan estos investigadores hormiga del *DEM* es que hospedan en su ciudad y otorgan carta de naturalización a cualquiera que haya trabajado en la literatura mexicana, sin importar su profesión ni su lugar de nacimiento, como, por ejemplo, a Juan José Domenchina, que Francisco Franco nos quiso prestar y nosotros jamás le regresamos. A la entrada de este acogedor lugar hay un lema: "el que rechaza, pierde; el que incorpora, gana". El ambiente es, pues, tan cordial, que arraija hasta a los más reacios.

Hojeando el *DEM* me puse a soñar despierta —recuerdos que adorné con las fantasías que me pasaron por el magín. Y soñe con mi maestro Sergio Fernández y con Alberto Dallal, cuentista que "se las sabe todas" de la danza, y que, para mi sorpresa, publicó un artículo mío sobre el erotismo en los romances españoles que me hizo subir los colores a la cara, y también soñé con los amigos con quienes compartí un ratito de mi tiempo, como Luis Adolfo Domínguez, que se me adelantó en el viaje; o compartí un rato más largo, como María Rosa Fiscal, Beatriz Espejo y Lourdes Franco; o que hemos estado cerca la friolera de un año luz o

toda una vida (medida que establecen las experiencias personales e internas, es decir, lo que Bergson llamó la "duración"), como Ana Elena Díaz Alejo. Me emociona leer todas las aportaciones de Margit Frenk, coordinadora de la reunión de varias ciudades hormiguero, conocida como Centro de Estudios Literarios. También vi nombres que nunca había escuchado y otros tan sonoros, como el de Carlos Fuentes, que llenan de música el ambiente. Por último, ante el listado sentí la tristeza de no haber conocido a Ricardo Flores Magón y Aláide Foppa.

### Investigadores castores

Por aquello de curarse en salud de cultas asociaciones fonológicas, me disculpo no sólo por la cacofonía, sino por este nuevo "imaginario", que espero acabe siendo social, con el mismísimo Cornelius Castoriadis. Otra aclaración. Elizabeth Luna, anterior directora del Instituto de Investigaciones Filológicas, me sugirió que no acuñara los neologismos de investigadores hormigados y castorizados. Protesté contra la sugerencia. Respondió que eso es asunto del lenguaje y no de nahuales.

En cuanto a la proyección de su tarea, quienes hicieron el *Diccionario* son castores, es decir, actúan como los ingenieros de la naturaleza: beneficiando a sistemas ecológicos completos. Dicen que los castores son modestos; nuestros investigadores, también: pretenden ir haciendo meros libros de consulta que auxilien a los estudiosos de la literatura mexicana (algunos de estos dizque sabios en la especialidad no han reconocido sus deudas con el *DEM*).

Voy a describirles la ingeniería con que una parte del personal académico de la UNAM realiza el *DEM*: de libros, periódicos, revistas especializadas y suplementos culturales recaba los datos en cuestión. Acude luego a obras de consulta (antologías, historias de la literatura, diccionarios y otros registros bibliográficos) para aclararse dudas y completar la información. Con este mismo fin, le entrega a los escritores un cuestionario y les pide un *currículum*. Y aquí es donde estas personas empiezan a sufrir, porque no falta quien declare que se doctoró a los diez años, y, obviamente, este prodigio de seguro se ofenderá cuando lea su ficha redactada. Y tampoco faltan los sustos y decepciones, como cuando las muchachas se pusieron guapísimas para entrevistar a León Femat y, ante una taza de café y una copita, se enteraron que se

llama Socorro León Femat, y no es travesti. En ocasiones también acuden a los deudos, a las celosas viudas y a ciertas instituciones. Después leen y releen la producción de los autores en cuestión, reúnen, ordenan, cotejan, revisan que se hayan empleado bien las siglas (de colecciones, publicaciones periódicas, e instituciones académicas y editoriales), redactan y le entregan a la amable, o digna de ser amada, Teresita López, la capturista, una serie laberíntica de "entradas", que incluyen "chismes calientes", o sea datos biográficos sabrosos. Por ejemplo, me he enterado de que Evodio Escalante Vargas, el famosísimo sastrero de Durango, que ahí promovió la música clásica en la radio y redactó los textos de presentación de ésta, ha sido, además, periodista y el poeta que, en la fase histórica que llamaré del TLC, declara que nunca respetó el dólar.

Metiéndome a la cocina de la ciudad hormiguero o a los estanques del bosque me encontré con expedientes llenos de recortes e informaciones de temática diversa: de corrientes, estilos y generaciones de la literatura; de críticos e historiadores de esta especialidad; de literatura comparada; de literaturas prehispánica, española, chicana, afroamericana, iberoamericana y de los exiliados de la Guerra Civil de España; de novelas picarescas, policíacas, de ciencia ficción y humorística; de subliteratura (novela rosa y fotonovelas); de teatro y libretos de cine; de relatos cristeros, indigenistas, sobre la mujer, el movimiento estudiantil de 1968 y la homosexualidad.

Por si fuera poco, Laura Navarrete, una castorcita del equipo, está elaborando un banco de datos en el cual múltiples programas procesarán los datos del *DEM* en formatos especiales. La asesora Judith Martínez, la experta en cómputo. Este banco irá llenando las "lagunas" de información de que adolecen los volúmenes del *DEM*, y la ampliará, actualizará e irá reordenando.

Con el banco los investigadores podrán satisfacer múltiples inquietudes, como los listados de escritores de los estados; asociaciones literarias de México; seudónimos; premios literarios nacionales y extranjeros; publicaciones periódicas (suplementos culturales, revistas y diarios) donde hayan escrito literatos mexicanos; títulos; obras colectivas; temas; trabajos de los escritores mexicanos sobre sus colegas y connacionales de los siglos XVI al XX (prólogos, antologías, críticas y ensayos); referencias internas en el *DEM*; críticos, y, por supuesto, la

lista de escritores en reserva porque todavía no cumplen los requisitos para ingresar al *Diccionario*. El banco irá elaborando, también, los índices que se publicarán más tarde.

No, ni duda cabe, los autores del *DEM* poseen un nahual laborioso y persistente. A lo mejor, incluso tienen algo de las garzas que viven simbióticamente con los elefantes, por aquello de que a este animal se le atribuye una gran memoria, y ellos han servido a la memoria histórica de este siglo XX.

Como a mí me convencieron de que debe venderse el *Diccionario*, aunque no me paguen comisiones, apelaré a la conmiseración de los lectores: ¡imagínense el tormento experimentado por esta gente hormiga cuando hubo de tratar con cierta fauna de escritores presuntuosos!, o sumamente imaginativos; por ejemplo, en casa de Guadalupe Dueñas debieron sentirse espiados por el feto de Mariquita, la hermana mayor de esta escritora que, según ella misma cuenta, está metida dentro de un frasco en una solución "de aguardiente y sosa cáustica". Esta Lupe, dice Aurora Ocampo, nos obliga a entrar en un mundo donde ningún horror es imposible. O imagínense cuando esta pobre gente tuvo que vérsela con los que mienten una vez cada hora y con aquéllos que, con aire de suficiencia, roen los zancajos del escritor que envidian, o con... También pueden comprar el *DEM* para criticarlo: para bien o para mal que se hable del asunto, pero que se hable. Alguien me sugirió un uso original e inesperado. Si usted aparece en algún tomo, colóquelo en la mesita de centro, encima de un atril, ilumine la página donde aparece su nombre y aconseje a sus visitas que compren la mejor selección bibliográfica de escritores mexicanos que ha existido después de la *Biblioteca hispanoamericana septentrional* de Mariano Beristáin y Souza, censor de la Inquisición y demás Juntas Eclesiásticas, allá en los inicios del siglo pasado.

Termino felicitando a tan felices poseedores de un nahual que les permitió construir una ciudad, las presas del bosque y funcionar, además, como memoria colectiva. También les mando un saco de besos. ■

*Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días, tomo II (D-F).* UNAM, México, 1992, XLVI + 267 pp.